

CONECTANDO A LA CULTURA

Antonie Holleman

Quiero comenzar con un recuerdo personal acerca de los primeros años de la Iglesia del Nazareno en los Países Bajos. Primero permítaseme montar el escenario. Después de una peregrinación de varios años, mis padres hallaron un hogar espiritual en la Iglesia del Nazareno. Lo que les atrajo inmediatamente cuando fueron introducidos a la iglesia en 1965 fue su mensaje de entera santificación. Hacía tres años que ellos habían tenido una experiencia religiosa que les había cambiado la vida. No podían definirla aparte de usar las palabras “experiencia de la cruz.” Al conocer la doctrina nazarena, se dieron cuenta que proveía un vocabulario teológico que les ayudó a interpretar su experiencia previa. Después de este encuentro gozoso, sintieron el llamamiento de Dios a introducir este mensaje de santidad a los holandeses. Mi padre renunció su empleo y llegó a ser el pastor primero de la iglesia primera en los Países Bajos para la denominación nazarena. No tenía educación teológica formal, pero estaba formado por una experiencia de la santidad de gran impacto.

Mi memoria personal es de los sermones de mi padre. Lo que recuerdo son sus ilustraciones y el nombre del filósofo danés Sören Kierkegaard. Mi padre había conocido la obra de Kierkegaard durante su peregrinación espiritual y había quedado fascinado por su enfoque existencial y su lucha contra la cristianidad nominal. Más tarde mi padre comentó sus primeros años de predicar: “Reconocí ciertos diseños en la Biblia: todo conduce al Calvario, y en la vida de todos los seguidores de Jesús, hay un momento de rendimiento total; un momento de morir para resucitar en una nueva fase de la vida. Para mí esto fue como patrón que yo impuse a la Escritura, y me dio un nuevo entendimiento. Yo creo que esto fue el atractivo para la gente durante este período primero. Proveyó un nuevo enfoque al evangelio y un entendimiento nuevo de la Escritura.”

Ahora, viendo hacia atrás y agregando mi educación teológica y la experiencia a mis recuerdos de esos años, quiero contribuir unos pocos pensamientos. Primero, la predicación de mi padre era existencial, en lugar de exponer cierta doctrina misma. El interpretaba la Escritura a base de su “experiencia de la cruz” y pudo relacionarla a las situaciones cotidianas. Por eso, yo puedo todavía recordar las ilustraciones de sus sermones; tenían mucha razón para mí cuando yo era niño.

Segundo, su énfasis lo ponía más en el rendimiento entero del creyente que en la entera santificación como dádiva de Dios, porque él temía desilucionar a la gente con promesas objetivas que no funcionarían de igual manera en su vida. Este énfasis es, creo, resultado de su enfoque existencial, que él había reconocido en Kierkegaard.

Tercero, esta manera de predicar la santidad ha caracterizado grandemente el ministerio de la Iglesia del Nazareno in los Países Bajos y ha sido una gran ventaja en indigenizar el mensaje de santidad a una cultura holandesa con el concepto fuertemente calvinístico de la santidad y una subcorriente arminiana. Y creo que este factor ha sido importante en el crecimiento de la Iglesia del Nazareno en los Países Bajos.

Antes que yo venga a mi tesis general, permítenme contribuir otra memoria. En cuanto a lo que pueda recordarme, la iglesia en los Países Bajos nunca padeció las fuertes discusiones ni las tensiones sobre temas características de la teología franca del movimiento de santidad americano, ni tampoco ha sido fuerte la presencia de John Wesley y su teología. Aun así, muchos nazarenos holandeses están bien enterados de la identidad teológica de nuestra iglesia, aunque frecuentemente las formulaciones oficiales de la doctrina han tenido el efecto de enajenar a mucha gente. Para mí la explicación de esto yace en el hecho que los predicadores y otros líderes articularon nuestra enseñanza sobre la santidad de una manera pertinente a la cultura holandesa. Un enfoque existencial en su predicación ha prevenido una articulación demasiado dogmática de nuestro mensaje que fuera difícil de aceptar para la gente.

El supuesto subyacente de mi asesoración es cierto punto de vista de nuestra tradición y teología. Los movimientos de santidad dentro del Metodismo en América en el siglo XVIII y el XIX, que influyeron grandemente la doctrina nazarena, fueron, en su época, expresiones de la meta de vivir en santidad en obediencia plena a Cristo. Los movimientos sirvieron la necesidad de mucha gente en la sociedad como lo muestra el crecimiento de ambos. Wesley hizo contrapeso al racionalismo de su época al reconocer el lado experiencial de la fe, y, al enfocar en la meta de la vida cristiana, él logró encontrar una *via media* para una sociedad que estaba cansada de verse partida por los extremos. Similarmente, el movimiento americano de santidad leyó las señales de los tiempos actuales y pudo relacionarse a la gente de tal modo que su proclamación de la santidad fue recibida como un mensaje de Dios oportuno y directo. Siempre que tenemos problemas con el modo que estos hombres y estas mujeres articularon el mensaje del vivir santo, dentro de nuestra tradición, no debería de ser acusación contra ellos, sino un reconocimiento del contexto diferente en el que nosotros vivimos.

Es hora de llegar a mi tesis. Para comunicar el mensaje de la santidad de una manera pertinente a la gente de nuestro contexto, necesitamos seguir un enfoque existencial, dirigidos por la Escritura. Nuestra meta es que la gente encuentre a Cristo en su contexto histórico y no solo en la Escritura o en nuestra doctrina. Demasiadas veces el habla de la iglesia es doctrinal; describiendo lo que debiera ser en términos generales, o, es exegética, contando lo que pasaba en tiempos bíblicos. Para mí un enfoque existencial quiere decir relacionar con la gente dentro de su experiencia de modo que reconozca que el mensaje tiene sentido dentro de su situación.

Esto requiere que la iglesia desarrolle un diálogo en tres partes: con la Escritura, la tradición y la cultura. De estas tres, hemos pasado por alto el diálogo con la cultura. Es mi opinión que necesitamos una sensibilidad mayor para el contexto en el cual ministramos, y necesitamos tener el ánimo teológico para articular el mensaje en un modo diferente pero relacionado culturalmente. La tradición, inclusive nuestro patrimonio doctrinal de la santidad, es dinámica, y no deberíamos elevar las formulaciones de algún período histórico como normativas para otros períodos.

El espacio no me permite desarrollar más esta tesis. Espero que mis memorias personales de hacer crecer la iglesia en los Países Bajos, que no era controlado por la tradición, sino dirigido por la experiencia, ilustran la dirección de mis pensamientos. Y para ser franco lo que pienso sobre este tema no está completamente cristalizado. Siento un descontento

general sobre la manera que nosotros, en el mundo occidental, estamos proclamando la santidad a la gente dentro y fuera de la iglesia. Siento fuertemente que algo se necesita cambiar. Yo he desarrollado mi tesis para capturar mis pensamientos, y para permitir que otros respondan para que juntos busquemos y oremos por una renovación.